

menre el fin que ellos llevan. Dedíquese, pues, el Príncipe á superar siempre las dificultades, y á conservar su Estado. Si sale con acierto, se tendrán por honrosos siempre sus medios, alabándoles en todas partes (*h*): el vulgo se deja siempre coger por las exterioridades, y seducir del acierto (27). Ahora bien, no hay casi mas que vulgo en el mundo; y el corto número de los espíritus penetrantes que en él se encuentra, no dice lo que vislumbra, hasta que el sinnúmero de los que no lo son no sabe ya á qué atenerse (28).

Hay un Príncipe en nuestra era que no predica nunca más que paz, ni habla más que de la buena fe; y que, á observar él una y otra, se hubiera visto quitar más de una vez sus dominios y estimación. Pero creo que no conviene nombrarle (*i*).

(27) Triunfad siempre, no importa cómo; y tendreis razón siempre. R. I.

(28) ¡Fatal y mil veces fatal retirada de Moscow! E.

*h.* Salustio decía también que "Cuanto se hacía para retener una dominación, era decente; y que no había nada glorioso sino lo que aseguraba la conservación suya: *Nihil gloriosum nisi tutum, et omnia retinendoe dominationis honesta.*

*i.* Maquiavelo quiere hablar aquí de Fernando V, Rey de Castilla y Aragón, que no debía la conquista de Nápoles y Navarra mas que á su mala fe y perfidias.

## CAPITULO XIX

EL PRÍNCIPE DEBE EVITAR SER DESPRECIADO  
Y ABORRECIDO

Habiendo hecho mención desde luego de cuantas prendas deben adornar á un Príncipe, quiero, después de haber hablado de las más importantes, discurrir también sobre las otras, á lo menos brevemente y de un modo general, diciendo que el Príncipe debe evitar lo que puede hacerle odioso y despreciable (1). Cada vez que él lo evite, habrá cumplido con su obligación, y no hallará peligro ninguno en cualquiera otra censura en que pueda incurrir (2).

Lo que más que ninguna cosa, le haría odioso, sería como lo he dicho, ser rapaz, usurpar las propiedades de sus gobernados, robar sus mujeres: y debe abstenerse de ello (3). Siempre que no se qui-

[1] No tengo que temer el menosprecio. Hice grandes cosas: me admirarán á pesar suyo. En cuanto al odio, le pondré vigorosos contrapesos. R. C.

[2] Esto me es necesario. R. C.

[3] *Est modus in rebus.* R. C.

tan á la generalidad de los hombres su propiedad ni honor, viven ellos como si estuvieran contentos; y no hay que preservarse ya mas que de la ambición de un corto número de sujetos ¿pero los reprime uno con facilidad (4) y de muchos modos?

Un Príncipe cae en el menosprecio, cuando pasa por variable, lijero, afeminado, pusilánime, irresoluto [a]. Ponga pues sumo cuidado en preservarse de una semejante reputación como de un escollo; é ingéniase para que en sus acciones se advierta grandeza, valor, gravedad y fortaleza [5]. Cuando él pronuncie sobre las tramas de sus gobernados, debe querer que su sentencia sea irrevocable [6]. Ultimamente, es menester que él los mantenga en una tal opinión de su genio, que ninguno de ellos tenga ni aun el pensamiento de engañarle, ni extrampararle [7]. El Príncipe no hace formar semejante con-

[4] No tan fácilmente. R. I.

[5] ¡Ingeniarse! ¡imposible! Cuando no se ha empezado con ello. E.

[6] Esencial para quitar toda esperanza de perdón á los conspiradores; sin lo cual perecerás. R. C.

[7] Se tiene mucho más que el pensamiento; se tiene la esperanza, y facilidad, con la certeza del triunfo. E.

a. Despreciaban á Vitelio tanto como le temían, á causa de que pasaba él repentinamente de las ofensas á las caricias: *Vitellium subitis offensis aut intempestivis blanditiis mutabilem contemnebant, metuebantque, etc.* (Tácit., *Hist.* 2).

cepto de si es muy estimado; y se conspira difícilmente contra el que goza de una grande estimación [8]. Los extranjeros por otra parte no le atacan con gusto, con tal sin embargo que él sea un excelente Príncipe y que le veneren sus gobernados.

Un Príncipe tiene dos cosas que temer, es á saber: 1º, en lo interior de su estado, alguna rebelión por parte de sus súbditos; y 2º, por afuera, un ataque por parte de alguna potencia vecina. Se precaverá contra este segundo temor con buenas armas, y sobre todo con buenas alianzas que él conseguirá siempre si él tiene buenas armas [9]. Pues bien, cuando las cosas exteriores están aseguradas, lo están también las interiores, á no ser que las haya turbado ya una conjuración [10]. Pero aun cuando se manifestara en lo exterior alguna tempestad contra el Príncipe que tiene bien arregladas las cosas interiores, si ha vivido como lo he dicho, con tal que no le abandonen los suyos (11), sostendrá toda especie de ataque de afuera, como ha mostrado que lo hizo Nabis de Esparta.

[8] Hay siempre valantones que no le estiman. E.

[9] He dado admirables pruebas de esto, y mi casamiento les echó el colmo. R. I.

[10] Destruí las que se presentaron. R. I.

[11] Les tendré la rienda firme y apretada. R. C.

Sin embargo, con respecto á sus gobernados, aun en el caso de no maquinarse nada por afuera contra él, podría temer que, en lo interior, se conspirase ocultamente. Pero puede estar seguro de que no acaecerá esto, si evita ser despreciado y aborrecido; y si hace al pueblo contento con su gobierno: ventaja esencial que hay que lograr, como lo he dicho muy por extenso antes (12).

Uno de los más poderosos preservativos que el Príncipe pueda tener contra las conjuraciones, es pues el de no ser aborrecido ni menospreciado por la universidad de sus gobernados; porque el conspirador no se alienta más que con la esperanza de contentar al pueblo haciendo perecer al Príncipe [13]. Pero cuando él tiene motivos para creer que ofendería con ello al pueblo, la amplitud necesaria de valor para consumar su atentado le falta, visto que son infinitas las dificultades que se presentan á los conjurados (14). La experiencia nos enseña que hubo muchas conjuraciones, y que pocas tuvieron buen éxito; porque no pudiendo ser solo él que conspira, no puede asociarse más que á los que cree

[12] Machaquería. R. I.

[13] No es lo que se examina con respecto á mí. R. C.

[14] Me quietas. R. C.

descontentos [15]. Pero, por esto mismo que él ha descubierto su designio á uno de ellos (16), le ha dado materia para contentarse por sí mismo, supuesto que revelando al Príncipe la trama que se le ha confiado, puede esperar éste todas especies de ventajas (b). Viendo, por una parte segura la ganancia (17); y por otra, no hallándola más que dudosa y llena de peligros (18); sería menester que él fuera para el que le ha iniciado en la conspiración, un amigo como se ven pocos, ó bien un enemigo enteramente irreconciliable del Príncipe, si tuviera la palabra que dió (c).

[15] Se le echa un hermano falso; y después se da un providención. R. C.

[16] Especialmente si le he comprado de antemano. R. C.

[17] Puede contar con un buen premio. R. C.

[18] Que temer todo por una parte, y que ganarlo todo por otra. R. C.

b. Tácito da un notable ejemplo de esto en aquel Volusio Próculo, que fué á delatar á Nerón, una mujer que le instaba á vengarse de él. No lo había solicitado ella, mas que porque había sabido de él mismo que se hallaba muy irritado de que Nerón le había recompensado mal por el asesinato de Agripina: "Is mulieri, dúm merita ergá Neronem sua, et quám in inritum cecidissent aperit, adjecitque questus, et destinationem vindictoe si facultas oriretur, spem dedit posse impelli. Ergó Epicharis plura: et omnia scelera principis orditur. Accingeretur modo navare operam et militum accerimas ducere in partes, ac digna pretia expectaret. Unde Proculi, indicium irritum fuit quamvis ea, quoe audierat ad Neronem detulisset." (Ann. 15).

c. Maquiavelo dijo sobre esta materia en otra parte: "Es menester que la amistad del cómplice sea muy fuerte: si el peligro á

Para reducir la cuestión á pocos términos, digo que del lado del conspirador no hay más que miedo, celos y sospecha de una pena que le atemoriza (*d*); mientras que, del lado del Príncipe, hay, para protegerle, la majestad de su soberanía, las leyes, la defensa de los amigos y del Estado (19): de modo que si á todos estos preservativos se añade la benevolencia del pueblo, es imposible que ninguno sea bastante temerario para conspirar (20). Si todo conspirador, antes de la ejecución de su trama, está poseído comunmente del temor de salir mal, lo está mucho más en este caso; porque de-

(19) Mis preservativos en esta especie llegan al más alto grado de eficacia. R. I.

(20) Quedan siempre, por cierto, émulos bastante numerosos; ¡pero los celadores! R. I.

que se expone no le parece todavía mayor que ella. *Disc. sobre la prim. Década 23, c. 6.*

*d.* Tácito notó, en el lib. 15 de sus Anales, cuánto puede hacer malograrse una conspiración. Es, 1º, el deseo de la impunidad de la que no se lisonjea uno jamás bastante sólidamente para que no sea siempre contrario á los grandes designios: *Impunitatis cupido, magnis semper conatibus adversa et promissa impunitas*; 2º, el temor que llega á unirse á la esperanza, *opes et metus*; 3º, la lentitud de la ejecución: *Accendero conjuratos lentitudinis eorum peritoesa*; 4º, el miedo de ser descubierto: *metus proditiionis*; 5º, los celos: porque Pisón no rehusó matar á Nerón en su casa de campo más que porque temía que Sileno fuera puesto en el trono, ó que el Cónsul Vestino quisiera restablecer la República, ó hacer un Emperador á su modo; 6º, las dificultades más graves que se manifiestan en la víspera de la ejecución: *Pridie insidiarum*; 7º, la codicia del premio prometido, y la inquietud en que se está de verle ganado por otro, dejándose anticipar: *Multos ad-*

be temer también, aun cuando él triunfara, el tener por enemigo al pueblo (21); porque no le quedaría refugio ninguno entonces.

Podríamos citar sobre este particular una infinidad de ejemplos (22); pero me ciño á uno solo, cuya memoria nos transmitieron nuestros padres. Siendo Príncipe de Bolonia Mossen Anibal Bentivoglio, abuelo de Dn. Anibal de hoy día, fué asesinado por los Cannuchis [*e*], á continuación de una conjuración; y estando todavía en mantillas su hijo

(21) ¡El pueblo! ¿no es ingrato, y no se pone siempre del lado del que triunfa, especialmente cuando éste le deslumbra? R. I.

(22) El afeminado espíritu de nuestra edad no permite ya que ellos se renueven. R. C.

*titisse qui eadem viderint; nihil profuturum unius silentium. At proemia pendens unum fore qui indicio proevenisset*; el secreto del alma del conspirador puede por otra parte haberse descubierto con la alteración de su fisonomía, y embarazo de su planta: *Ipse moestus, et magno cogitationis manifestus erat*; 8º, la imprudencia como la de hacer ciertos preparativos delante de los criados, darles á aguzar puñales, etc.: *Pugionem adspirari saxo, et in mucronem ardescere jussit*; lo que hace sospechar la empresa que va á hacerse: *arreptis suspitionibus de consequentibus*; 9º, la perspectiva del suplicio: *Tormentorum aspectus ac minoe*; 10º, la creencia de que algunos cómplices lo han revelado todo, y que es en balde guardar silencio: *Cuncta jam patefacta credent, nec ullum silentii emolumentum, edidit coeteras*. Añádase á esto la casualidad que domina con harta frecuencia en esta especie de negocios: el Conde de Leicester malogró la empresa de Leiden con el solo motivo de que habiendo sido preso por deudas uno de los conjurados, é imaginándose los más de los otros que era porque algunos de ellos lo había descubierto, tomaron la huida.

*e.* Familia rival de la de Bentivoglio, en el año de 1445.

único, Mossen Juan, no podía vengarle; pero el pueblo se sublevó inmediatamente contra los asesinos y los mató atrozmente. Fué un efecto natural de la benevolencia popular que la familia de Bentivoglio se había ganado por aquellos tiempos en Bolonia. Esta benevolencia fué tan grande, que, no teniendo ya la ciudad á persona ninguna de esta casa que, á la muerte de Anibal, pudiera regir el Estado; y habiendo sabido los ciudadanos que existía en Florencia un descendiente de la misma familia que no era mirado allí más que como un hijo de un trabajador, fueron en busca suya, y le confirieron el gobierno de su ciudad, que él gobernó efectivamente hasta que Mossen Juan hubo estado en edad de gobernar por sí mismo [23].

Concluyo de todo ello que un Príncipe debe inquietarse poco de las conspiraciones cuando le tiene buena voluntad el pueblo [24]; pero cuando éste le es contrario y le aborrece, tiene motivos de temer en cualquiera ocasión, y por parte de cada individuo [25].

(23) ¡Si fueran capaces de ir á hacer una cosa semejante en Viena! ya que no lo han sido de venirme á buscar *camus et non*. E.

(24) Maquiavelo olvida aquí que él ha dicho que los hombres eran malos. R. I.

(25) El sueño huye lejos de mí. R. I.

Los Estados bien ordenados y los Príncipes sabios cuidaron siempre de no descontentar á los grandes hasta el grado de reducirlos á la desesperación (26), como también de tener contento al pueblo (27). Es una de las cosas más importantes que el Príncipe debe tener en su mira. Uno de los reinos bien ordenados y gobernados de nuestros tiempos, es el de Francia. Se halla allí una infinidad de buenos estatutos, á los que van unidas la libertad del pueblo y la seguridad del Rey. El primero es el parlamento y la amplitud de su autoridad (28). Conociendo el fundador del actual orden de este reino, la ambición é insolencia de los grandes, y juzgando que era preciso ponerles un freno que pudiera contenerlos; sabiendo por otra parte cuánto los aborrecía el pueblo á causa del miedo que les tenía, y deseando sin embargo sosegarlos, no quiso que este doble cuidado quedase á cargo particular

(26) Pero los grandes que me ví obligado á hacer, se ponen furiosos cuando ceso un instante de colmarlos de bienes. R. I.

(27) No puede aquietar á estos ambiciosos más que descontentando al pueblo. R. I.

(28) Llevas razón en admirarte de esto; pero era menester destruirlo para conseguir la destrucción del trono de los Borbones, sin la que en resumidas cuentas, no hubiera podido erigirse el mío. Haré yo el mismo estatuto, lo más pronto que me sea posible. R. I.

del Rey. A fin de quitarle esta carga que él podía repartir con los grandes, y de favorecer al mismo tiempo á los grandes y pueblo, se estableció por juez un tercero que sin que el monarca sufriese vino á reprimir á los grandes y favorecer al pueblo (29). No podía imaginarse disposición ninguna más prudente, ni un mejor medio de seguridad para el Rey y reino. Deduciremos de ello esta notable consecuencia: que los Príncipes deben dejar á otros la disposición de las cosas odiosas (*f*), reservándose á sí mismos las de gracia (30); y concluyo de nuevo que un Príncipe debe estimar á los grandes, pero no hacerse aborrecer del pueblo.

Creerán muchos quizás, considerando la vida y muerte de diversos Emperadores romanos, que hay ejemplos contrarios á esta opinión, supuesto que hubo un cierto Emperador que perdió el imperio, ó fué asesinado por los suyos conjurados contra él; aunque se había conducido perfectamente, y mos-

[29] ¡Admirable! R. I.

(30) En el actual estado se dirigen á él todas las cosas de rigor; y sus Ministros se reservan todas las gracias menudas: á las mil maravillas. E.

*f.* Xenofonte había dado el mismo consejo: "Cuando se trata de imponer penas, el Príncipe debe delegar el cuidado de ello á otros; pero cuando de premios y dádivas, sólo él debe distribuirlos." *Viro Principi, ubi panarum res est, aliis id delegandum; ubi pro-miorum aut munerum, ipsi obcundum.*

trado magnanimidad. Proponiéndome responder á semejantes objeciones, examinaré las prendas de estos Emperadores, mostrando que la causa de su ruina no se diferencia de aquella misma contra la que he querido preservar á mi Príncipe; y haré tomar en consideración ciertas cosas que no deben omitirse por los que leen las historias de aquellos tiempos (31).

Me bastará tomar á los Emperadores que se sucedieron en el Imperio desde Marco el filósofo hasta Maximino, es decir, Marco Aurelio, Cómodo su hijo, Pertinax, Juliano, Séptimo Severo, Caracalla su hijo, Macrino, Heliogábalo, Alejandro Severo y Maximino.

Nótese primeramente que en principados de otra especie que la de ellos, no hay que luchar apenas más que contra la ambición de los grandes é insolencia de los pueblos; pero que los Emperadores romanos tenían además un tercer obstáculo que superar, es á saber, la crueldad y avaricia de los soldados: lo cual era tan dificultoso [32] que muchos se desgraciaron en ello. No es fácil efectivamente el contentar al mismo tiempo á los soldados y pueblo, porque los pueblos son enemigos del descanso,

(31) Que no se leen más que como novelas. R. C.

(32) No lo sé sino mucho. R. I.

y lo son por esto mismo los Príncipes cuya ambición es moderada (33); mientras que los soldados quieren un Príncipe que tenga el espíritu marcial, y que sea insolente, cruel y rapaz (g). La voluntad de los del Imperio era que el suyo ejerciera estas funestas disposiciones sobre los pueblos, para tener una paga doble, y dar rienda suelta á su codicia y avaricia (34); de lo cual resultaba que los Emperadores que no eran reputados como capaces de imponer respeto á los soldados y pueblo (35), quedaban vencidos siempre. Los más de ellos, especial-

(33) Mi embarazo es extremado; y no es menester imputarme á mí, mi ambición guerrera, sino á mis soldados y Generales que me la convierten en una primera necesidad. Me matarían ellos si yo les dejara más de dos años sin presentarles el cebo de una guerra. R. I.

(34) A ello me obligan por los mismos motivos. Los soldados son los mismos en todas partes, cuando uno depende de ellos. R. I.

(35) He logrado hacer uno y otro; pero no bastante todavía. R. I.

g. "Había algunos á quienes la memoria de Nerón, y el deseo de la renovación de la antigua licencia inflamaban," dice Tácito: "Erant quos memoria Neronis, ac desiderium prioris licentiae accenderet." (Tácit., *Hist.* 1.) Galba perdió el imperio y la vida por haber dicho que él no aspiraba á comprar el afecto de los soldados, sino á tomar sus personas: "Legi à se milites, non emi" (*Hist.* 1.); como también por haber usado de una severidad de disciplina que Nerón había dejado perder en la licencia: "Noquit antiquus rigor, et nimia severitas cui jam pares non sumus. . . . Severitas ejus angebat coaspirantes veterem disciplinam, atque ita quatuordecim annis à Nerone assuefactos, ut haud minus vitia principum amarent quam olim virtutes verebantur." (*Hist.* 1.)

mente los que habían subido á la soberanía como Príncipes nuevos, conocieron la dificultad de conciliar estas dos cosas, y abrazaban el partido de contentar á los soldados (36), sin temer mucho el ofender al pueblo; y casi no les era posible obrar de otro modo (37). No pudiendo los Príncipes evitar el ser aborrecidos de algunos (38), deben, es verdad, esforzarse ante todas cosas á no serlo del número mayor; pero cuando no pueden conseguir este fin, deben ingeniarse para evitar, con toda especie de expedientes, el odio de su clase que es más poderosa (39).

Así, pues, aquellos Emperadores que con el motivo de ser Príncipes nuevos, necesitaban de extraordinarios favores, se apegaron con mucho más gusto á los soldados que al pueblo; y esto se convertía en beneficio ó daño del Príncipe, según que él sabía mantenerse con una grande reputación en el concepto de los soldados (40). Tales fueron las

(36) No es menester desentenderme de ello: todavía me hallo en el mismo caso, bajo todos los aspectos. R. I.

(37) Esta es mi disculpa á los ojos de los venideros. R. I.

(38) No es sino mucha verdad. R. I.

(39) Es siempre el Ejército, cuando es tan numeroso como el mío. R. I.

(40) Hacerlo todo para esto: me veo forzado á ello. R. I.

causas que hicieron que Pertinax y Alejandro, aunque eran de una moderada conducta, amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanos y buenos (41), así como Marco (Aurelio), cuyo fin fué feliz, tuvieron sin embargo uno muy desdichado (42). Unicamente Marco vivió y murió muy venerado, porque había sucedido al Emperador por derecho hereditario, y no estaba en la necesidad de portarse como si él lo debiera á los soldados ó pueblo (43). Estando dotado por otra parte de muchas virtudes que le hacían respetable, contuvo hasta su muerte, al pueblo y soldado dentro de unos justos límites, y no fué aborrecido ni despreciado jamás (44).

Pero creado Pertinax para Emperador contra la voluntad de los soldados que, en el imperio de Cómodo, se habían habituado á la vida silenciosa, y habiendo querido reducirlos á una decente vida que se les hacía insoportable (45) engendró en ellos

[41] Virtudes intempestivas, en este caso. Es digno de compasión el que no sabe substituir las virtudes políticas de la circunstancia. R. I.

[42] Esto debía ser; y lo hubiera yo previsto. R. I.

[43] Esta fortuna no está reservada más que á mi hijo. R. I.

[44] Si me fuera acordado el renacer para suceder á mi hijo, sería adorado yo. R. I.

[45] No pueden excusarse de ello. E.

odio contra su persona (46). A este odio se unió el menosprecio de la misma, á causa de que él era viejo (47); y fué asesinado Pertinax en los principios de su reinado (h). Este ejemplo nos pone en el caso de observar que uno se hace aborrecer tanto

[46] Es inevitable. E.

(47) Esto no me mira á mí. E.

h. Tácito, como lo nota Amelot de la Houssaie, explica esta desgracia hablando de otros Emperadores que estaban en la misma época de la vida: "Ipsa oetas Galboe, et inrisui et fastidio erat adsuetis juventoe Neronis, imperatores forma et decore corporis [ut es mos vulgi] comparantibus" [Hist. 1.]—"Reputante Tiberio publicum sibi odium extremam oetatem." [Ann. 6.]—"Cuando ellos se sostenían, era menos con su fuerza que por un efecto de su anterior reputación:" *Magieque famà, quàm vi stare res suas.* [Ibid.]—"No viéndolos ya los enemigos exteriores en estado de defenderse, los menospreciaban:" *Artabanus senectulem Tiberii ut inermem despiciens.* [Ann. 6.]—"Para tener ocasión de no respetarlos, se pretendía que su espíritu estaba en su decadencia." *Fluxum senio mentem objectando.* (Ibid.)—"Los malvados siempre entremetidos, llegaban á abjarse con su confianza, y dirigirlos á su discreción;" "Invalidum senem, odio oneratum, contemptu inertioe destruebant" (Hist. 1.)—Y entrando entonces varios libertos en los cargos públicos, se apresuraban á enriquecerse en ellos con toda especie de rapiñas: "Afferebant venalia cuncia proepotentes liberti servorum manus subitis avidoe, et tanquam apud senem festinantes" (Ibid.)—Exentos de todo temor, y hallando, sin merecerlas, mayores recompensas al lado de un señor débil y crédulo, pillaban y hacían el mal muy á sus anchuras: "Quippe hiantes in magnà fortunà, amicorum cupiditates, ipsa facilitas Galboe intendebat; quum apud infirmum et creditum minore metu et majore proemio peccaretur." (Hist. 1.)—"Por su parte, estos Emperadores, afectando mostrarse indulgentes para los mayores ultrajes, y desentendiéndose de los horrendos crímenes cometidos contra sí, no se apegaban más que á los ordinarios propósitos de la adulación, aun la más común." "Patientiam libertatis alienoe ostentans, ut contemptor suoe infamioe, an scelerum Sejani diu nescius, mox quoque modo dicta vulgari malebat, veritatisque, cui adulatio officit, per probra saltem gnarus fieri." (Ann. 6.)